

tra el cristianismo, se lanzó á la arena con mas audacia, y sus *Cartas persianas*, obra de sus juveniles años, publicada en 1721, atacaron muchas verdades fundamentales de la Religion con una originalidad de estilo y una energía de espresion, que hacian mas seductor el ataque y por lo tanto mucho mas peligroso. En esta novela, en la cual un magistrado se propuso hacer reir al público á espensas de lo mas respetable que habia para la nacion; en esta novela, en la que aparecian esa temeridad de exámen, esa propension á paradojar, ese libertinaje que acreditan á la vez la vivacidad y la imprudencia del espíritu, no se reconoce en nada al aventajado escritor que se complace en tributar homenaje al cristianismo. Aquel tono satírico, aquellos detalles licenciosos, aquellas bufonadas que en apariencia solo van dirigidas contra la religion musulmana, contrastan singularmente con los sentimientos del lenguaje que Montesquieu usó cuando llegó á una edad mas madura. D'Alembert conviene en que «la pintura de las costumbres orientales, reales ó supuestas, es el objeto mas secundario de dichas *Cartas*. Esta pintura no sirve, por decirlo así, mas que para pretexto de una fina sátira de nuestras costumbres, y de las importantes materias que el autor profundiza, añade, cuando parece que no hace mas que tocarlas de paso.» D'Alembert afirma, sin embargo, que Montesquieu no satirizó sino los abusos. Pero ¿será satirizar solo abusos tener la temeridad de decir que el Papa es un ídolo viejo á quien no se incienca mas que por costumbre (1); que el europeo á quien acontece alguna desgracia, no tiene mas recurso que la lectura de un filósofo llamado Séneca, y que los asiáticos, procediendo con mas sensatez, toman brevajes que alegran el corazón (2); que cuando Dios colocó á Adán en el paraíso ter-

(1) *Carta 29.*
(2) *Id. 33.*

renal, á condicion de no comer la fruta de cierto árbol, le impuso un precepto absurdo para un ser que conoceria las determinaciones futuras de las almas (1); que no ha observado entre los cristianos un convencimiento tan vivo de la Religion como el que domina á los musulmanes; que el Papa es un mágico que hace creer que tres no son mas que uno; que un poco de pan no es pan, etc.?... Nunca pierde Montesquieu ocasion de ridiculizar los misterios, los preceptos y las prácticas de la Religion de su país; y bien pudo hacerlo á mansalva, pues el desenfreno de los ánimos habia llegado á tal punto, que se reputaba por mayor crimen atacar al príncipe que atacar á Dios. Su libro, por los atractivos que ofrecia á la malignidad, estaba destinado á producir los mas funestos efectos en los espíritus frívolos. Los detractores de Luis XIV se sonrieron placenteros con la sátira de su reinado, y una corte licenciosa devoró una novela en que la Religion, sus ministros y las disputas teológicas hacian el gasto de mil bufonadas.

Francisco María Arouet, que por aquel mismo tiempo expió en la Bastilla la simple sospecha de haber sido el autor de una sátira contra el regente, exhalaba su raudal de impiedad mucho mas por medio de sus palabras, que por sus escritos, en los que algunos rasgos diseminados de cuando en cuando empezaban á darle á conocer. Estos escritos se limitaban en aquella época á algunos Cuentos licenciosos, ó á *Cartas* escritas, medio en prosa, medio en verso, á varios hombres entregados á la voluptuosidad, y en que el autor no hacia mas que preludiar sus irreligiosas tendencias. Así es, que en su *Epístola á Mad. G.*, que se imprimió el 1746 ó 1747, pregunta si un espíritu ilustrado podrá creer nunca la quimérica historia de un doble Testamento; dice tambien á esta misma señora, que acababa entonces de consagrarse á los ejercicios de devocion,

(1) *Carta 59.*

que el único fin á que el ser racional debe aspirar es al placer, y que la supersticion es madre de la tristeza. Dos versos de *Edipo* contra los sacerdotes, fueron, segun Condorcet, el primer grito de una guerra, que ni la misma muerte de Voltaire ha podido extinguir. Finalmente, la *Epístola á Urania*, intitulada tambien *el Pró y el Contra*, circulaba ya manuscrita en tiempo de la regencia; el autor reasumió en aquel escrito todas las objeciones de los incrédulos contra el cristianismo y los Libros santos, limitándose á la Religion natural, y dice formalmente: *Yo no soy cristiano*. Tales son las palabras que estampó aquella pluma abrasadora, en la época en que se ensayaba en pervertir al género humano; tal es la aurora de este brillante ingenio, de este talento universal, de este magnífico tesoro de la Francia, si hemos de creer á sus apasionados.

«Brillante ingenio, cuanto les dé la gana, diremos tambien nosotros con el conde José de Maistre (1); si bien no pueden de modo alguno dispensarse elogios á Voltaire sin cierta reserva. La desenfrenada admiracion que tantos hombres le tributan, es la señal infalible de un alma corrompida. No hay que hacerse ilusiones; si alguno, al recorrer su biblioteca se siente atraído hácia las obras de Fernel, sepa que Dios ya no le ama. Mas de una vez se ha hecho burla de la autoridad eclesiástica, porque condenaba los libros *in odium auctoris*; pero verdaderamente no podia proceder con mas justicia: *Rehusad los honores del talento á quien abusa de sus dones*. Si esta ley se observase exactamente, no tardarian en desaparecer tantos libros emponzoñados; pero ya que no nos es dado promulgarla, guardémonos de caer en el estremo, mucho mas reprehensible que lo que á primera vista parece; de encomiar desmedidamente.

(1) *Veladas de San Petersburgo, tomo 1.º, páginas 271—277.*
B. del G., tomo XXI—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VI.

amente á los autores criminales, y muy particularmente á este. Él pronunció contra sí mismo, sin advertirlo, su terrible sentencia, pues él mismo dijo: *Que un alma corrompida no puede ser sublime*. Nada mas cierto; y hé ahí por qué Voltaire con sus cien volúmenes nunca fué mas que gracioso, esceptuando, sin embargo, la tragedia, en la que por la naturaleza del trabajo se veia obligado á espresar sentimientos nobles, ajenos de su carácter; pero ni aun en la escena, que es indudablemente donde triunfa, no puede engañar á un observador algo práctico. En sus mejores piezas se parece á sus dos grandes rivales (1), como el mas taimado hipócrita se parece á un Santo. No pretendo por esto disputar su mérito dramático, añade el conde de Maistre, pero me confirmo en mi primera observacion; así que Voltaire habla en su nombre, no pasa de ser gracioso, segun ya he dicho; nada puede exaltarle, ni aun la batalla de Fontenoy. Es encantador, se dice; yo tambien lo digo, pero creo que este epíteto no pasa de ser una crítica. Por lo demás, no puedo sufrir la exageracion de los que le llaman *universal*; pues, en verdad, veo grandes escepciones en esa universalidad. Su capacidad es enteramente nula, cuando intenta escribir una oda, lo cual no debe causar admiracion á nadie, pues el hábito de la impiedad habia estinguído en él la llama divina del entusiasmo. La misma nulidad, y aun ridiculez, presenta en el género lírico, pues sus oídos estaban tan absolutamente cerrados á las bellezas de la armonía, como sus ojos á las del arte. En aquellos géneros que mas analogía presentan con su talento natural, camina rastreando; así es que es mediano, frío, y muchas veces (¿quién lo creeria?) torpe y grosero en el género cómico, porque lo perverso nunca es cómico.

(1) Alude á Racine y Corneille.

Este es tambien el motivo de que no alcanza-
 ra nunca á componer un buen epigrama; pues
 la menor bocanada de su bilis apenas puede
 contenerse en cien versos. Si se trata de es-
 cribir una sátira, escribe libelos. Considerado
 como historiador, es insoportable; á despe-
 cho de su arte, de su elegancia y de las gra-
 cias de su estilo; es insoportable, porque nin-
 guna de estas circunstancias puede suplir las
 que le faltan, que forman, digámoslo así, la
 vida de la historia, á saber: la gravedad, la
 buena fé y el decoro. En cuanto á su poema
 épico, confieso que no tengo derecho de ha-
 blar; porque para juzgar un libro es preciso
 leerlo, y para leerlo es preciso estar despier-
 to. Una soporífera monotonía domina en la
 mayor parte de sus escritos, que no tienen
 mas que dos objetos, la Biblia y sus enemi-
 gos personales; por consiguiente, ó blasfe-
 ma ó insulta. Su tan celebrada jocosidad es-
 tá muy lejos de ser intachable; la risa que
 excita no es una risa espontánea, legítima;
 es un gesto. ¿No habeis fijado alguna vez la
 atención en el sello del anatema divino que
 se refleja en su rostro? Al cabo de tantos
 años aun es fácil hacer esta observacion.
 Contemplad su retrato; apenas puedo mirar-
 le una sola vez sin congratularme de que no
 nos haya sido trasmitido por algun cincel he-
 redero de los griegos que hubiera acaso sa-
 bido comunicarle alguna belleza ideal. En él
 todo es natural: hay tanta verdad en esa ca-
 beza como en un busto de yeso modelado
 sobre el cadáver. Contemplad esa frente ab-
 yecta que el pudor jamás llegó á sonrosar;
 esos dos cráteres apagados en los que parecen
 agitarse aun las llamas de la Injuria y del
 odio; esa boca (acaso no le doy su verdade-
 ro nombre, pero no es culpa mía), esa sima
 horrible que se estiende desde una oreja á
 otra; esos labios fruncidos por la cruel ma-
 licia, como un resorte á punto de dispararse
 para lanzar la blasfemia y el sarcasmo. No
 me hableis de ese hombre; hasta el pensar

en él me es insoportable. ¡Ah! ¿Qué de ma-
 les nos ha causado! Semejante al insecto,
 plaga de los jardines, que no daña sino á las
 raíces de las plantas mas preciosas, Voltaire
 con su aguijón dirige todo su veneno á las
 dos raíces de la sociedad, á las mujeres y á
 los niños: sobre estos derrama toda su pon-
 zoña, y así consigue que se vaya transmitien-
 do de generacion en generacion. En vano, á
 fin de encubrir un poco sus execrables aten-
 tados, nos aturden los oídos sus estúpidos
 admiradores con párrafos sonoros en donde
 ha hablado superiormente de los objetos mas
 venerados. Esos ciegos voluntarios no cono-
 cen que de ese modo acaban de completar la
 condenacion de tan culpable escritor. Si Fe-
 nelon con la misma pluma que pintó los go-
 ces de Ulises hubiese escrito el libro del *Trin-
 cipe*, seria mucho mas vil; mucho mas cul-
 pable que Maquiavelo. El enorme crimen de
 Voltaire es el abuso del talento, es la pros-
 titucion calculada de un talento concedido
 para celebrar á Dios y á la virtud. Voltaire
 no podria alegar para disculparse como otros
 muchos, la juventud, la inconsideracion, el
 arrebató de las pasiones, ni, para decirlo de
 una vez, la triste debilidad de nuestra natu-
 raleza. Nada puede disculparle: su corrup-
 cion es de un género enteramente suyo, arrai-
 gada en las últimas fibras del corazón, y
 robustecida con todas las fuerzas de su en-
 tendimiento. Constantemente asociada con el
 sacrilegio, insulta á Dios al paso que pierde
 á los hombres. Con un furor que no tiene
 ejemplo, acaba este insolente blasfemo por
 declararse enemigo personal del Salvador de
 los hombres: desde el abismo de su miseria
 tiene la loca insensatez de apostrofarle con
 un nombre ridiculo, y de llamar INFAME á
 la adorable ley que el Hombre-Dios traio á la
 tierra. Dejado enteramente de la mano de
 Dios, que castiga retirándose, no reconoce
 freno alguno. Otros cínicos han admirado la
 virtud; Voltaire admira solo el vicio. Su

mérgese en el cieno, se agita en él, se harta
 de su pestilencia: entrega su imaginacion al
 entusiasmo del infierno, que le da todas sus
 fuerzas para arrastrarlo hasta los mismos li-
 mites del mal; inventa prodigios, món-
 truos que hacen palidecer. Paris le co-
 ronó; Sodoma le hubiera desterrado. Profa-
 nador descarado del idioma universal y de
 sus mas altos nombres, figurando en el pos-
 trer lugar entre los que le aman ¿cómo
 podria yo pintar la sensacion que me causa?
 Cuando contemplo lo que hizo y lo que pudo
 hacer, sus inimitables talentos no me inspi-
 ran mas que una especie de santa cólera que
 carece de nombre. Suspense entre la admi-
 racion y el horror, quisiera hacerle levantar
 una estatua.... por la mano del verdugo.

Una circunstancia confirmó al jóven Vol-
 taire en sus tendencias á la impiedad sistemá-
 tica, y fué su amistad con Enrique San-Juan,
 lord vizconde de Bolingbroke, famoso como
 ministro y como escritor, y apóstol tanto mas
 temible de la irreligion, cuanto mas dotado
 estaba de habilidad, de imaginacion, de ta-
 lento y de elocuencia. Era, dice Coxe (1), se-
 ductor en la conversacion, fecundo en dichos
 agudos y muy instruido; pero al mismo tiem-
 po no conocia moralidad, ni principios, y le-
 jos de ocultar su depravacion se gloriaba de
 ella. Dicese que no era decididamente deista
 ni absolutamente incrédulo, y que sus opinio-
 nes tenian bastante analogía con las de la
 antigua academia. Mas al examinar sus es-
 critos, que dejó á David Mallet con encargo
 de publicarlos, no se puede menos de ver al
 hombre que se burla de la Religion y se com-
 place en arrancar sus principios del corazón
 de los demas (2). Algunas veces ataca á la fé,
 á los dogmas de la ley natural y á los de la
 revelacion. Niega que la intencion del Criador

al formar el hombre fuese la de hacerle feliz:
 reconoce una providencia general, mas supo-
 ne que no se estiende hasta el individuo. Con-
 fiesa la antigüedad y utilidad de la creencia
 de la inmortalidad del alma y de un estado
 futuro, y sin embargo la trata de ficcion to-
 mada de los egipcios: niega al alma su condi-
 cion de sustancia inmaterial y distinta del
 cuerpo: afirma que la modestia y la castidad
 no tienen fundamento en la naturaleza, sino
 que son invencion de la vanidad. Los hom-
 bres, segun su opinion, ninguna necesidad
 tienen de una revelacion sobrenatural y es-
 traordinaria, y los argumentos de Clarke so-
 bre este particular no tienen ningun valor. La
 historia de Moisés, su narracion de la creacion
 y caída del primer hombre son igualmente
 absurdos, y dice que no pueden leerse sin
 desprecio de parte del filósofo, y sin horror
 de parte del teólogo. Con este decoro, con
 esta medida habla Bolingbroke de tan gran
 legislador. Tampoco es mas considerado al
 emitir su juicio acerca de la Religion cristiana
 que segun él no es mas que una nueva y mas
 oscura publicacion de la doctrina de Platon.
 Dice que hay dos Evangelios contradictorios,
 el de Jesucristo y el de San Pablo: no nos
 podemos resigpar á escribir los denigran-
 tes epitetos que dá á este Santo Apóstol. Su
 gran afán es ver cómo puede dar en tierra
 con la autoridad del Evangelio, y pretende que
 la propagacion del cristianismo nada prueba,
 y que esta Religion no ha servido de nada para
 reformar el mundo. Clócale particularmente
 la justicia divina, y la doctrina del cristianis-
 mo sobre el particular le parece contraria á
 la idea que debemos tener de un ser sobera-
 namente perfecto. Tal es en resumen el sistema
 de Bolingbroke, si es que merecen llamarse
 sistema las aberraciones de un hombre que ca-
 rece de plan y de método, y que deja correr
 su pluma por el campo de su imaginacion.
 Apenas es posible seguirle en medio de sus
 largas digresiones y fastidiosas repeticiones,

(1) Vida de Walpole.

(2) Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII, t. 2, p. 285-287.

al paso que él se complace en este desorden, y se aplaude á sí mismo de haber así sabido evitar el fastidio. La modestia no era la virtud favorita de este escritor, pues en una carta á Pope se coloca mucho mas alto que los mas insignes varones. Hasta su aparicion, los filósofos y los historiadores no habian hecho mas que enredar el género humano en un laberinto de hipótesis y de razonamientos. La Religión natural estaba corrompida; mas él no quiere mas guia que la verdad, ni enseña otra cosa que un puro deísmo. Vetupera á los *libres pensadores*, que turban las conciencias hablando poco respetuosamente de lo que no se aviene con su modo de pensar, y sin embargo, no es mucho mas comedido que ellos, pues no tiene reparo en comparar la historia del Pentateuco con los libros de caballería á que don Quijote se mostró tan apasionado. Sus invectivas contra el Antiguo Testamento y contra la legislación judaica tienen un carácter de amargura y violencia que llena de indignacion á cualquiera persona honrada. El epíteto de loco renace á cada paso bajo su pluma. San Pablo, los antiguos filósofos, los teólogos modernos; en fin, todo el que no sigue su opinion no es mas que un loco. Clarke era un sofista presuntuoso, un impio que pretendia conocer á Dios, aunque en realidad no creía en él mas que un ateo. Parece que un escritor que trataba á sus adversarios con un tono tan grosero, no inspiró mucha confianza. Los cinco tomos de las obras de Bolingbroke salieron á luz en 1753 y 1754. Ellos comprenden las *Cartas sobre el estudio de la historia*, las *Cartas á Pope sobre la Religión y la filosofía*, objeto especial de una denuncia del gran jurado de Westminster; las *Cartas á Mr. de Pouilly*, doblemente preciosas por ser enérgicas contra el ateísmo y débiles contra la revelacion; la *Carta á Vindham*, las *Reflexiones sobre el destierro*, etc. El gran jurado de Westminster denunció en 16 de octubre de

1754 las obras de Bolingbroke; y ya desde el año anterior las habia refutado Leland en sus *Reflexiones sobre las Cartas, sobre el estudio y uso de la historia*, y en seguida consagró casi un tomo entero de su *Revista de los deístas* al exámen profundo de la doctrina de Bolingbroke. Roberto Clayton á su vez vindicó la historia del Antiguo y Nuevo Testamento de las acusaciones de aquel incrédulo, cuya filosofía encontró tambien un rudo adversario en el doctor Warburton, obispo de Glocester.

Voltaire conoció á Bolingbroke en Francia durante la desgracia de este, y luego volvió á verle en Londres, cuando este inglés pudo regresar á su patria. Voltaire, á consecuencia de una disputa que en 1725 tuvo con un gran señor, disputa que fué acaso la que desarrolló en él un espíritu de amargura contra la Francia, tuvo que sufrir persecuciones por haber provocado á su contrario á un duelo, y por último se vió en la precision de vivir escondido. Lleno de resentimiento se retiró á Inglaterra en 1726, y allí bajo la influencia de sus preocupaciones, se apasionó del gobierno, leyes y costumbres de aquel pueblo. La indecisión de su ánimo le hizo simpatizar con la libertad que veía dominar en Inglaterra en toda especie de materias. Las conversaciones ó los escritos de Bolingbroke, de Collins, de Tindal, de Woolston, de Morgan, de Chubb, en una palabra, de todos los *libres pensadores* que trabajaban en aquella época con mas ó menos atrevimiento contra el cristianismo, robustecieron su inclinacion hácia la indiferencia religiosa. Por todas partes á su alrededor, desplegaba su furia el deísmo, y dispuesto como estaba, hubiera sido un milagro que no hubiese tenido que sufrir las fatales consecuencias de semejante posicion. Puede, pues, decirse, que Voltaire quedó ya desde entonces enteramente formado.

La publicacion de la *Henriada*, poema

que compuso en Inglaterra, ha sido considerado por el marqués de Villete (1) como la afortunada época de la libertad de pensar y el servicio mas importante hecho á la filosofía. En efecto, Voltaire inculcó en mas de un pasaje de este poema las máximas que habia adquirido acerca de la Religión, y los hermosos versos que en él se leen en favor del cristianismo no son evidentemente mas que el pasaporte de dichas máximas abominables. Queremos pasar en silencio la afectacion con que el poeta dá siempre á los protestantes la ventaja sobre los católicos en una obra, cuyo objeto sin embargo es el triunfo de la Religión católica: nada diremos acerca de la premeditacion que le hace confundir continuamente el fanatismo con la Religión: no hagamos caso de aquellas salidas tan frecuentemente reiteradas contra el Papa, el clero y los frailes, salidas cuyo objeto no era otro que deprimir el mérito del Evangelio envileciéndolo á sus ministros, y no hagamos mas para corroborar nuestra opinion que indicar los versos en que Voltaire bajo el pretexto de admirar las bondades de Dios, le echa en cara no haber hecho todo lo necesario para que el hombre le sirviera (2), y aquellos otros en los cuales pone en boca de San Luis máximas directamente contrarias al dogma de la eternidad de las penas. Por esta razon la *Henriada* ha sido considerada, tanto por parte de los amigos como por la de los despreciadores de Voltaire, como una prenda de su celo naciente por el sistema de indiferencia en materias de religion. Condorcet llamaba á esta obra *Poema de la razon*, y sabido es que en boca de Condorcet razon es lo opuesto á Religion.

Seguramente no volvían á ponerse en tela de juicio por falta de luces las verdades que

(1) *Vida de Voltaire*. Londres, 1787.
(2) Mas ¡ay! un Dios tan bueno, que es Señor del hombre, servido hubiera sido por él si hubiese querido serlo.

habian sido demostradas hasta la evidencia. La lógica, la crítica y la erudicion, habian acudido en defensa de la fe por medio de producciones llenas de solidez. Diversos autores habian demostrado, unos, la autenticidad de los santos libros; otros, la divinidad de las profecías, la venida del Hijo de Dios, ó alguno de los otros puntos de nuestra creencia. El abate de Houteville habia establecido la verdad del cristianismo por los hechos. A estas demostraciones perentorias pueden unirse victoriosas refutaciones publicadas en la misma época. Bayle habia sufrido no pocas, y los protestantes disputaban á los católicos el honor de defender la Religión contra las objeciones del profesor de Rotterdam. Varias obras habian tambien salido á luz contra Espinosa y los socinianos. El cardenal de Polignac confundia los sueños de Lucrecio con tanta energía como buen gusto. Así, pues, los hombres de buena fe que hubieran tratado de aclarar sus dudas, habrian encontrado pruebas capaces de convencerlos. Pero segun hacen observar justamente las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1), se comenzaba ya á cansarse de una creencia que no chocaba tanto por la elevacion de sus dogmas á los espíritus prevenidos, como irritaba por la severidad de su moral á los corazones corrompidos. Atánabábase por nuevos sistemas para poder establecer nuevas costumbres: mirábase á la autoridad como un yugo y á la fe como una traba poderosa; afectábase en el modo de pensar una independencia, que se reputaba como prueba de gran fortaleza de ánimo. Tantos escritos contra la Iglesia y sus decisiones, tantas sátiras, intrigas y disputas, habian hecho nacer oscuridades en muchos ánimos, desalentado á los débiles, y envalentonado á los de no sana intencion. Unas contiendas, desgraciadamente tan acaloradas y largas, servian

(1) T. 2, p. 204-205.